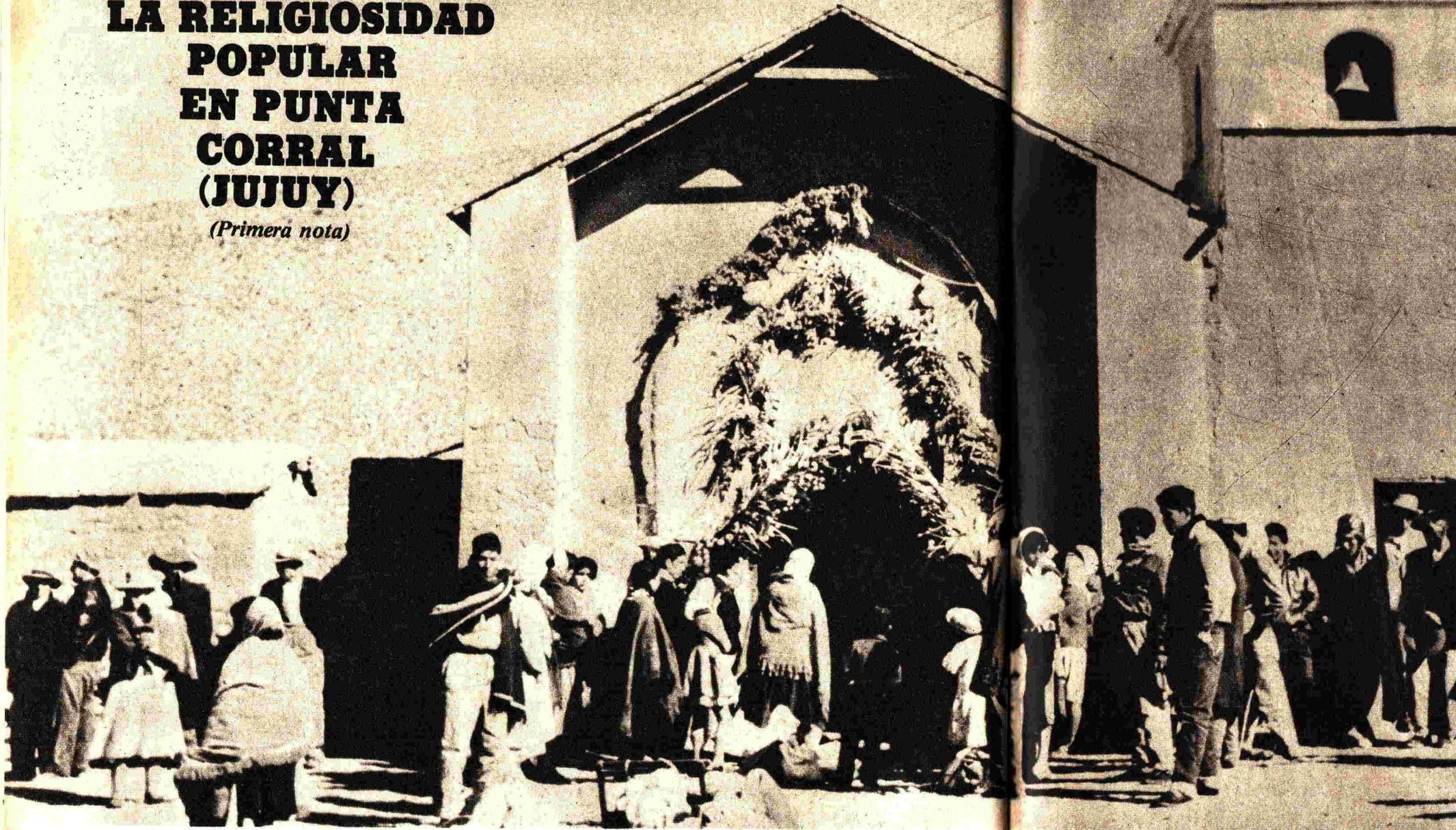


# LA RELIGIOSIDAD POPULAR EN PUNTA CORRAL (JUJUY)

(Primera nota)



Para la mayor parte de los miles de turistas que temporalmente recorren la Quebrada de Humahuaca, lo mismo que para los numerosos veraneantes que eligen ciertas villas para descansar, y también para muchos de aquellos que dicen, con aire suficiente, que "conocen la Quebrada" porque pasan raudamente en automóvil rumbo a la Quiaca, la vida quebradeña transcurre encajonada por sus contrafuertes, que a veces se estrechan como queriendo estrangularla. Hacia el oeste sólo se sabe que queda la Puna, y hacia el este, el valle, como algo lejano, casi irreal, y sin idea clara respecto a la distancia. Casi nadie se ha puesto a pensar que más allá de los cerros que la limitan existe un mundo de gente que son compatriotas, y que viven un estilo de vida duro y sufrido, en lucha constante con el medio, que cada día que pasa parece más hostil y empeñado en sacarle las ganas de vivir. Hombres, mujeres y niños, algunos de los cuales no han visto jamás un automóvil, o el ferrocarril, o un cine, sin haber tenido jamás a su disposición las comodidades que nosotros, en la ciudad, consideramos co-

mo imprescindibles para la vida corriente. De ese **Mundo detrás de los Cerros** como lo he bautizado, me ocuparé en esta nota y en las que le seguirán. Mi preocupación central será la religiosidad popular de nuestros hermanos que viven en él en este año de gracia de 1980, lo que no me impedirá ocuparme lateralmente de temas conexos con aquel.

Conozco ese mundo desde hace ya más de treinta años. Lugares que a veces no son ni siquiera un nombre en el mapa. Lugares a los que se accede por senderos y huellas que apenas se distinguen en el suelo pedregoso. Viviendas dispersas, que aparecen colgadas de la falda del cerro, y tan identificadas con el medio que sólo un ojo avezado puede distinguirlas a la distancia, o de noche, cuando el titilar de una luz lejana clama la presencia del hombre. Cuando uno empieza a trepar por los solitarios caminos de herradura y trasciende la primera cadena de cerros, ya divisa la otra. Y cuando sobrepasa la segunda, aparece una tercera y así sucesivamente. A veces el camino de herradura se pierde en el seco lecho del río, que al remontarlo permite ganar altura

por CIRO RENE LAFON

## El Santuario de Punta Corral

en nuestro mundo y en nuestro tiempo. Claro que tampoco ellos saben mucho de nosotros y por eso la responsabilidad que asumimos quienes hemos llegado a conocerlos, es simplemente dar testimonio veraz de su existencia y de su presencia en nuestra Argentina del año en curso.

El origen de estas notas está en el último viaje que hice a Punta Corral (en el Dep. de Tumbaya) en la provincia de Jujuy, la Semana Santa próxima pasada en mi calidad de enviado especial de esta revista, dado mi carácter de antropólogo profesional, para estudiar y relevar la veneración de la Virgen de Copacabana de Punta Corral en sus dos versiones, como se da en la actualidad. De este modo pude cumplir con una tarea que se da muy pocas veces: que el mismo profesional tenga la oportunidad de verificar los cambios producidos en el fenómeno que estudió dos décadas atrás. En efecto, ya había estudiado el caso en 1962 y mi trabajo, titulado **Fiesta y Religión en Punta Corral**, mereció en el año 1968 el premio a la Producción Regional del NOA, acordado por la Comisión de Cultura del ministerio del ramo. Por eso, en esta primera nota me referiré a la caracterización general del fenómeno en sí, como manifestación objetiva de la religiosidad natural de nuestros compatriotas del Mundo detrás de los Cerros.

Obviaré en esta ocasión todo el aparato erudito del trabajo que cité líneas atrás para rescatar sólo que se refiere al tema que me ocupa.

### 1962: PRIMER PASO

El primer estudio del fenómeno de Punta Corral que realicé en 1962 fue consecuencia de un viaje de prospección y excavaciones arqueológicas que llevé a cabo en la región aleada a la Laguna Colorada en 1961, a cuya finalización visité como promesante el Santuario de Punta Corral. El fenómeno me había interesado desde hacía algunos años y había acopiado materiales e información al respecto, que completé con mi visita personal al lugar. Conversé largamente con el Esclavo ampliando la información y prometiéndole regresar a la brevedad para estudiar a fondo la cuestión y hacer conocer cómo viven y cómo creen nuestros hermanos de Punta Corral.

De regreso en Buenos Aires la idea del viaje de estudios tomó cuerpo rápidamente, después que conversé con un grupo de alumnos de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires que se interesaron en mi propuesta. Su entusiasmo juvenil y el mío, no tan juvenil, pero sí intenso y maduro, superó todas las dificultades. Cada uno puso su parte, cámaras fotográficas, grabadores, filmadoras, bolsas de dormir y carpas. El combustible, la alimentación y el material fotográfico y fonográfico sería prorratado. La salida quedó convenida para el viernes previo a la Semana Santa de 1962.

El desarrollo de la investigación se vio favorecido por mis contactos anteriores, mis conexiones previas y por mi visita del año precedente. Mucho tuvo que ver mi conocimiento de un conflicto local respecto de la tenencia de la Virgen, en el que tomé partido como hombre y como antropólogo y hablé directamente con las autoridades de la Iglesia en Jujuy. Pero debo agregar además la eficiencia, la actividad y la ductilidad de los miembros del grupo de trabajo, que reemplazaron con ellas una experiencia que no tenían y que estaban empezando a acumular.

Llegamos al lugar vírgenes de prejuicios y de interpretaciones. Como jefe de un grupo me interesó el fenómeno todo con sus implicaciones sociales, políticas, religiosas, histó-

rápido. Otras veces el sendero atraviesa una altipampa barrida incansablemente por el viento frío. De repente al trascender la mera fila de cerros, se atraviesan hectáreas y hectáreas de campos de cultivo prehispánicos y restos de viviendas, que hablan a las claras de un clima mejor.

Pero no es el desierto. Siempre en un recodo del camino, en un vallecito abrigado, o donde hay un ojo de agua, allí está el hombre, su casa, su familia.

Conozco bien a mis hermanos del Mundo detrás de los Cerros y muchas veces he compartido su techo, su fuego, su comida. Al principio no hablábamos mucho. Comíamos en silencio mirando el fogón, como si buscáramos en las llamas un medio de comunicación. Pero siempre, tiempo más, tiempo menos, el diálogo empezaba y rápidamente aprendí a quererlos, a respetarlos y a admirarlos. Día tras día, mes tras mes, año tras año, cada vez que me fue posible fui ahondando mi relación con ese mundo y con su gente. Gente que vive, lucha, sufre y muere en su existencia paralela, lejana y olvidada del resto de sus compatriotas, que viven



liares o de amistad, mucho de los cuales acompañan a las distintas bandas. Los componentes de estas bandas cumplen en esa ocasión una función de solidaridad social con los promesantes. Hacen de enfermeros para lo cual llevan un botiquín con distintos medicamentos, desde aspirinas y otros calmantes hasta algún inyectable, porque nunca falta quien sepa poner una inyección. Los males más comunes son apunamiento, fatiga o grandes calambres en los miembros por el esfuerzo, que son frecuentes debido a la mala alimentación, desnutrición y enfermedades pulmonares. Sin contar con que gran número de peregrinos llevan grandes y pesados bultos y "han promesado llegar con ellos". Otro tanto ocurre con mujeres que llevan chicos en las espaldas y otros en brazos, también por promesa.

Los descansos se cumplen en cada Calvario. Primero, el **Calvario de la Chilcaguada**, en el lecho de la quebrada epónima, donde el descanso es más prolongado, al fin de un largo y difícil camino. Tercero, el **Calvario de Abra de Punta Corral**, en el punto más alto frío y ventoso a 4.550 m. Cuarto y último el **Calvario de Punta Corral**, a 150 m de la Capilla cerca de los corrales. Cerca de los Calvarios hay apachetas. La apacheta grande del Calvario del Abra es la única que tiene una cruz sobrepuesta. El caserío de Punta Corral está dispuesto frente a la Capilla y sus construcciones delimitan un gran canchón o playa. Las construcciones son habitaciones con una sola abertura destinados a alojamiento de los peregrinos. Pertenecen a "la Virgen", y fueron construidos por promesantes, por devoción. Alguna es particular, administrada por el Esclavo. A la derecha de la Capilla y adosada a ella, está la sacristía y la vivienda, alojamiento de los eventuales sacerdotes, y la vivienda del Esclavo de la Virgen, que reside allí permanentemente. A cierta distancia se alzan las casas de Montoya y Calisaya, familias residentes fijadas entonces, de Punta Corral. En casa de esta última me alojé durante mi primera estada en el lugar.

### Descanso de Peregrinos

La Capilla es una construcción rectangular, con cimientos de piedra y paredes de adobe, revocadas con barro. Tiene techo a dos aguas con una cumbrera longitudinal de madera y techo de zinc, a dos aguas. Las puertas son de madera pintadas de rojo, de construcción en serie, producto de carpintería. Al campanario se sube por una escalera que da al coro, donde se ve un armonio. El interior es rico en imágenes. Pueden identificarse entre otras: Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en el Sagrario; la Virgen del Valle de Catorce y la de Luján, a la derecha de la titular y un Niño Jesús de Praga (imagen de bulto) a su izquierda. En el mismo altar una imagen del Cordero de Dios, otro Niño Jesús de Praga igual que el anterior y dos imágenes del Cristo: una predicando y otra entrando a Galilea, cerca de una representación de la verdadera Virgen de Copacabana. En la pared del Evangelio se suceden las siguientes imágenes: Niño Jesús de Praga, la Crucifixión, Jesús conducido al sepulcro, Niño Jesús, la Virgen y el Niño, la Anunciación, Señor del Milagro, Niño Jesús y San Cayetano. En la pared opuesta se ven: la Coronación de la Virgen, la Crucifixión, Nuestra Señora del Rosario, el Niño Jesús, pie de la Cruz, el Paraíso, la Santísima Virgen del Milagro, Sagrado Corazón de Jesús y San Francisco. El Martes Santo los peregrinos, pasando el mediodía, se encolumnan de dos en fondo, a partir del altar y la cola se extiende hacia afuera. Están listas para recibir la **pisada de la Virgen**. Las andas están sostenidas por cuatro guardas que la mantienen mirando al altar. Los aspirantes a ser pisados se ordenan de a cuatro y luego de arrodillarse, los que sostienen las andas las apoyarán breves segundos sobre sus cabezas. El Esclavo solicitaba previamente la bendición rezando un Ave María y recitando esta fórmula:

Madre Milagrosa de Copacabana dales tu Gracia y tu Santa Bendición. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Según explicó para ser pisado es preciso estar comulgado o por lo menos confesado. Si no, amenaza con el castigo de la Virgen. La autorización que tiene del Obispo así lo exigía. Claro que no habiendo sacerdote no sé cómo iba a confesar o comulgar.

Poco tiempo después las bandas se han concentrado en la plaza y comienzan a tocar. Un grupo de mujeres trae gruesas ramas de sauce, ramos de flores, manojos de yerbas y de frutos. Curvan las ramas de sauce hasta hacer un arco, que cubrirán de flores y ramas, sujetando todo con hilo de lana blanca de oveja. Terminado el arco, se encaminaron y dieron una vuelta a la plaza en sentido contrario a las agujas del reloj, siguiendo a las bandas de sikuris, para marchar luego en procesión hacia el Calvario que está a la entrada del caserío. Allí limpiaron cuidadosamente la mesa, colocaron el arco en los orificios, mirando hacia Tilcara. Las bandas se colocaron en filas paralelas formando un callejón. Debajo del arco se colocó un sahumero de incienso y todo arreglado se terminó el acto. Ni el Esclavo ni ningún ayudante intervinieron en esta ceremonia.

Entre tanto en el interior de la Capilla se llevaba a cabo otra parte del ritual. El Esclavo extraerá de un pequeño incensario de plata una pequeña cantidad de "tierrita" a quien la solicite. Era la "Tierrita de la Virgen", producto obtenido después de cavar la tierra del lugar donde apareció la Virgen por primera vez, "colado" con un trozo de género. Indicaba: "Esta tierrita debe tomarse en agua pura, si es posible en ayunas, rezando un credo al Señor y un salve a la Virgen". Terminada la provisión del incensario terminó el acto y alguno quedó sin tierra. El Esclavo en oportunidad de otra entrevista que tuve con él me informó que periódicamente deben refaccionar el oratorio que hay en el lugar que apareció la Virgen por primera vez, porque los promesantes que llegan hasta allí, suelen llevarse consigo pedazos de la pared de adobe que servirán luego para los mismos fines.

Contemporáneamente se rezaban novenas, la última de las cuales culminará en la mañana del miércoles antes de la partida. La del martes reunió cantidad enorme de fieles que cubrió íntegramente la capacidad de la Capilla. Los rezos son conducidos por el Esclavo, que lee un devocionario de la Virgen de la Candelaria, impreso en Jujuy en 1958.

Durante la noche permanecí largas horas en el interior observando la incesante fila de peregrinos que entraba y salía, entre tanto otros fieles permanecían en el interior, algunos por devoción y otros por el frío intenso que hacía en el exterior, aunque no se permite pernoctar allí. Sin embargo, los pocos bancos existentes habían sido arrimados a las paredes para hacer lugar. Al frente, cerca del comulgatorio, estaba el **velero**, especie de mesa de latón integrada por varias decenas de receptáculos para velas encendidas que humeaba constantemente. Chorrea incesante sebo y esterina y cargaba de un aroma especial el ambiente. La única luz en la Capilla provenía de esas velas que chisporroteaban y titilaban alternativamente, proyectando sombras fantasmales sobre las paredes. La gente permanecía silenciosa, inmóvil, taciturna, como azorada y ensimismada, mirando el velero. Generalmente entraban de rodillas, llegaban hasta la imagen, tomaban gracia y descendían, siempre de rodillas y sin dar la espalda. Después se incorporan y si traen velas, las encienden, las colocan en el velero y casi no se oían rezos. La fuerza espiritual que se desprende de ese grupo de devotos peregrinos era tan intensa que podía sentirse fisi-

camente; que se repetía cada vez que volvía a entrar en la Capilla.

Se trata de una sensación difícil de definir. Distinta en todo caso de la que siento al oír una misa en una Catedral. No es la sensación de estar en una "ecclesia" para adorar y venerar al Dios de las Escrituras, mi sensación fue la de asistir a un rito colectivo, en el que todos y cada uno representaba un papel, tácitamente pautado, en un recinto de adopción y con una liturgia que pese a ser practicada, era también de adopción.

El aspecto que presentaba el canchón y sus alrededores después de la medianoche del martes configuró una visión que no olvidaré jamás. Las viviendas no alcanzaron para alojar a todos los peregrinos, que a medida que fueron llegando ocuparon la plaza primero y sus alrededores después.

Encendieron fogatas para protegerse del frío reinante y se cubrieron con mantas y ponchos. El aspecto que presentaba el lugar, alumbrado por las llamas de las fogatas, algo desdibujado por el humo que lo envolvía, bajo el cielo cubierto por millares de estrellas, en el silencio de la alta noche, era imponente. Pero no todos dormían. Porque debajo de los ponchos y mantas la vida bullía entre gritos y risas ahogadas, que procedían de las parejas que cumplían con el eterno rito del amor. Lo mismo podía observarse de día, en ciertos momentos de juegos de manos, bromas y risas, cuando de repente una pareja se deslizaba entre las rocas vecinas y desaparecía. La atenta observación de estos acontecimientos y un par de entrevistas posteriores con algunos promesantes no dejaron dudas al respecto. Uno de los rasgos que integraban el complejo ritual, era una fuerte carga de tipo orgiástico ceremonial que cada uno cumplía a su modo, tanto hombres como mujeres. Verifiqué esto además no sólo entre la gente del cerro, sino también entre la gente que venía de la ciudad de Jujuy y de otros puntos. La iniciativa no correspondía a ningún sexo en especial. Y en más de una ocasión, la fiesta era aprovechada como momento de iniciación sexual para ambos sexos. Se entiende que esta información es personal, producto de la observación participante. Y se entiende también que esas prácticas iban disminuyendo en intensidad y combatidas por la Iglesia. Pero añaden mayor interés al fenómeno estudiado.



Ceremonia en uno de los Calvarios

# EL MUNDO

## DETRAS DE LOS CERROS

(Segunda Nota)

por *Ciro René Lafón*

### PARTIDA HACIA TILCARA

El miércoles Santo, a las 6 de la mañana, la campana de la Capilla y las bombas de estruendo anunciaron a los peregrinos que empezaban los preparativos para la partida de la procesión hacia Tilcara. Alrededor de las 6,30 se rezó la última novena y una vez terminada se inició la marcha. Cuatro mujeres cargaban las andas y llevaron la virgen hasta el Calvario de entrada. Llegaron a las 7,30 y la colocaron sobre él, que estaba cubierto con un mantel, y quedó bajo un arco de flores. A partir de ahí se cubrió la imagen con una funda blanca de género, con motivos bordados en azul, y un rosario de cuentas de plata, prendido en el frente. El estandarte de la Virgen fue cubierto con un tul. Se plegaron las banderas, una argentina y otra papal. Todas estas precauciones se tomaron para protegerla del polvo.

El orden de marcha es del modo siguiente: **Primero** las banderas de sikuris, en fila de dos y en orden de marcha. La que ejecuta está siempre más cerca de la Virgen, que es llevada por cuatro personas, cuyo orden es indicado por la señora del Esclavo. **Segundo**, van el estandarte y las banderas. **Tercero**, a pocos metros del estandarte, marcha el Esclavo, que suele ser acompañado por algún familiar o algún amigo. Pero casi siempre va sólo. El marca el ritmo lento de la marcha. **Cuarto**, va la imagen. Por detrás van los promesantes y peregrinos. Los que han llevado a la Virgen se adelantan para ver si consiguen turno otra vez. Y eso hace que a veces haya tanta gente delante como detrás.

Llegamos al Calvario del Abra a las 9,30. No tiene arco de flores. Sólo el mantel. Descansamos media hora y la marcha continuó a las 10. A las 12 llegamos al Calvario de Chilcaguada, don-



de se efectúa un largo descanso y donde la cantidad de personas que se advierte es impresionante. A las 15 llegamos al Calvario de la Peña. Hay puestos de bebidas y comestibles. Se advierte ya la presencia de gente de otra extracción: han venido desde Tilcara y de otras villas vecinas. Se trata de devotos que han venido a esperar a la Virgen, para acompañarla en el último tramo de la bajada, último tramo que, como se verá, es en realidad el penúltimo. No todos ellos son criollos de la zona. Pueden advertirse a simple vista dos grupos distintos. El primero y más

abundante, está compuesto por personas de Tilcara y de los alrededores, que por distintas razones se han visto impedidos para cumplir con la peregrinación hasta el santuario, pero cuya devoción no tiene nada que envidiar a los que fueron y volvieron.

Hay ancianos de ambos sexos cuyo estado físico demuestra bien a las claras por que han llegado solo hasta allí. No disminuye esto su sacrificio para cumplir con la Mamita: subir las Siete Vueltas con la ayuda de un bastón, o ayudado por la hija que los lleva del brazo, a paso de tortuga y des-

cansando cada cuatro o cinco pasos que dan, significa un esfuerzo que sólo la fe permite cumplir. Pero se ven también madres con cuatro o cinco hijos de pequeña edad, más la guagua que-pida (a la espalda) sin hombre que las acompañe, que lleva a su prole para que recibá a la Virgen esperada. Alguna de ellas, pechó y luchó a brazo partido para acercarse al calvario y arrodillarse, haciendo que cada uno de sus hijos tocara la envoltura de la imagen. El otro grupo está compuesto por gente de la ciudad —Jujuy— que va para mirar, para ver,

que trata de no mezclarse mucho con los promesantes y peregrinos y que viste de otra manera, más urbana podría decirse, pero que observa atentamente, no puede disimular su actitud reverente, respetuosa y devota, que trasciende, pero cuyo ascenso social y económico no quiere que se los mezcle con los otros. A ellos deben sumarse los turistas que por curiosidad han apegado con un camino difícil con tal de curiosar. Se los distingue no sólo por su "uniforme de turista" si no también por su cámara fotográfica, que dispara incesantemente

te para obtener imágenes "de los nativos".

Luego de una media hora de descanso aproximadamente, se reanudó la marcha. Los peregrinos y promesantes recuperaron lo que llamé páginas atrás el "orden de marcha" y arrancamos para recorrer el último tramo de la peregrinación. La cercanía del final pareció infundir nuevos bríos en los participantes y el ritmo de marcha pareció acelerarse. Nos "descolgamos" para decirlo gráficamente, cuesta abajo, salvando rápidamente las diferencias de altura hasta iniciar el descenso acelerado que recorre las Siete Vueltas, salvando el cual alcanzamos el nivel del río, por donde discurre el camino que nos lleva de regreso a Tilcara. A medida que descendíamos se iban incorporando a la procesión muchos grupos que habían ido a esperar la Virgen, que engrosaban la nutrida procesión.

### LA SORPRESA

Allí llegamos a la Usina y nadie hubiera imaginado, ni siquiera yo, que había encabezado el grupo de estudios, que a esa altura iba a producirse un cambio fundamental en el desarrollo de los acontecimientos. Había allí un gran cartel que decía **Bienvenida**, y un nutrido número de fieles que había ido haciéndose cada vez más compacto a medida que nos acercábamos, esperaba la llegada de la procesión. Allí esperaba a la procesión una comisión encabezada por el párroco de Tilcara, las autoridades civiles y las congregaciones religiosas locales. Había, colocada estratégicamente, una serie de altoparlantes que difundían sin pausa música sacra y la palabra de un locutor que leía textos referidos a la Madre de Dios y a la fecha que la Iglesia conmemoraba en esos días, la Semana Santa. La música que se oía era música sacra culta, incluido canto gregoriano. Los mensajes que repetían una y otra vez, nada tenían que ver con la devoción local ni con la religiosidad de los participantes en el fenómeno que veníamos compartiendo desde setenta y dos horas atrás, y menos, con lo que hablamos compartido en el Santuario de Punta Corral con nuestros compatriotas del Mundo detrás de los Cerros.

A partir de ese momento se produjo un cambio fundamental en el desarrollo de las acciones del drama que veníamos observando y participando a la vez. Nuestros hermanos de actores se convirtieron en espectadores.

## DETRAS DE LOS CERROS

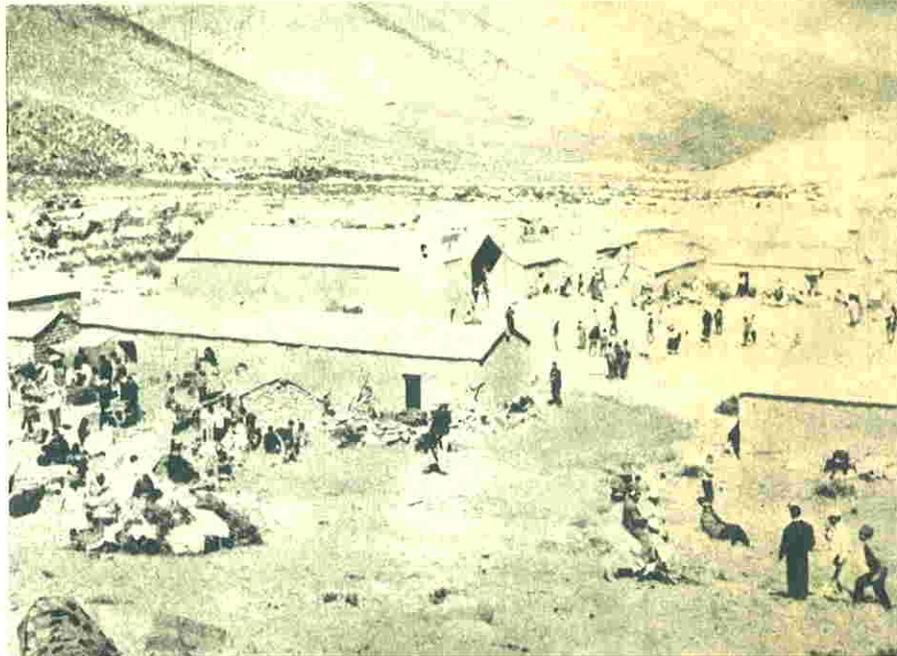
RELIGION Y CULTURA EN PUNTA CORRAL

(Última nota)

por *Ciro René Lafón*

### 1— LA PEQUEÑA COMUNIDAD DE PUNTA CORRAL EN 1963

Visité por primera vez la pequeña comunidad de Punta Corral en el invierno del año 1961, a mi regreso de una breve temporada de trabajos arqueológicos en el mes de julio, en la Laguna Colorada, departamento de Tilcara, provincia de Jujuy. Me acompañaba en esa oportunidad, en calidad de baqueano, compañero y amigo, Don Santos Rivero, que al mismo tiempo fue uno de mis primeros maestros de Antropología de Campo, de quien aprendí a conocer el sentido oculto de las cosas que son y de las que no son y cuya mano estreché de nuevo en nuestro encuentro como peregrinos en el Abra de Punta Corral, la Semana Santa que acaba de pasar. Para ganar tiempo no seguimos el camino regular y nos descolgamos, con los caballos de tiro, faldeando el cerro, para caer, gráficamente dicho, sobre el mismo canchón de Punta Corral. Llegamos al caer la tarde y nos acercamos a la capilla, a pie y con los caballos de tiro. Cuando entramos, Don Alberto Méndez, el Esclavo, rezaba el Rosario con un grupo de personas. Participamos de la devoción y, una vez finalizada, saludamos a Don Alberto, que nos indicó donde íbamos a alojarnos, nos acompañó a cenar y conversó con nosotros durante largo rato. Así se concretó mi primer contacto con la comunidad de Punta Corral: llegué como un peregrino más al Santuario, ca-



*Un recodo en el camino.*

si de noche. Asistí al Santo Rosario. Conocí al Esclavo y hablé largamente con él.

Con anterioridad ya había aprendido lo más posible acerca del culto de la Virgen de Punta Corral, de su popularidad y fama como "milagrosa", comprobada una y otra vez a lo largo de mis numerosos viajes por la provincia y por las provincias vecinas y también en zonas aledañas del país hermano de Bolivia. Además, mis largas conversaciones con el baquiano y mi real y sincero interés por el tema, me habían permitido conocer informaciones de primer agua, pues era él uno de sus devotos más fervientes. Debo agregar que mi visita reconocía otras motivaciones de índole personal, resultado de ciertos acontecimientos que acababa de superar, que relato minuciosamente en una monografía próxima a aparecer. Y para tu conocimiento, amigo lector, te diré que llegué como manera, la promesa formulada días atrás, que al día siguiente concreté verbalmente con el Esclavo: la próxima vez que fuera sería para relevar, documentar, estudiar y hacer conocer a la Mamita de Punta Corral a todo el país, para que se supiera cómo son y cómo creen los argentinos de Punta Corral, uno de los tantos lugares olvidados que existen en el Mundo detrás de los Cerros. Así nació el trabajo titulado *Fiesta y Religión en Punta Corral* al que me referí en la nota anterior, documento que certifica el cumplimiento de mi promesa en la Semana Santa de 1962.

En esa ocasión el tema central fue la

devoción de la Virgen de Punta Corral como fenómeno de religiosidad popular que se manifiesta a nivel comunitario, en el que subyacen componentes cristianos y aborígenes, que han dado lugar a una complicada estructura religiosa, luego de un complejo fenómeno de recomposición y de adaptación, que garantizaba su funcionalidad. Por eso, de aquí en adelante, presentaré una imagen de cómo era esa pequeña comunidad de argentinos, poco más de una docena de personas, que vivía permanentemente en la Altipampa de Punta Corral. Unos, en la sede del Santuario, en la vivienda anexa a la Capilla: Don Alberto Méndez, su esposa y su hijo y Da. Dionisia Zubeiza de Torres, la anciana madre del Esclavo anterior, y un par de personas más. Otros, afincados "a tiro de piedra" del complejo de refugios y Capilla que rodea el Canchón central, la familia K y la familia C. En total menos de veinte personas. Una verdadera "pequeña comunidad", que luchaba por sobrevivir en un medio difícil, sostenido por su fé inquebrantable en la Mamita vecina, en su Santito, propiedad de Don K, y, en esos días, por la esperanza de convertirse en propietarios de la tierra, que cultivaban con amor y dedicación, arrancándole un puñado de frutos, con tesonero esfuerzo. La imagen que presentaré es una imagen histórica, porque las cosas ya no son como antaño fueron. Es un testimonio de cómo vivían nuestros hermanos de Punta Corral en la década de los años sesenta.

La fecha elegida, 1963, es la ubica-

ción temporal precisa de la descripción que haré, producto de la observación participante cumplida en 1961 y en 1962, completada en 1963 por un grupo de estudiantes de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, colaboraron conmigo en diversas oportunidades. Es una prueba real de que el hombre no está en el mundo como lo están las cosas. Puede hacerse a un lado del proceso del devenir histórico y gracias a su memoria y a los medios de registro, viajar hacia atrás en el tiempo y revivir los acontecimientos.

La comunidad de Punta Corral hoy ya no existe como tal. Casi toda su gente se ha ido. Solo uno de sus viejos pobladores vuelve, de cuando en cuando, y pasa un par de días en su casa. Solo viven allí el Esclavo y su familia. El testimonio vivido, padecido y documentado por quienes estuvimos allí es único e irremplazable. Cintas magnetofónicas, fotografías, diapositivas, relatos, canciones, diálogos, protocolos escritos y libretas de anotaciones, guardan celosamente figuras, sucesos y voces que ya no resuenan en el lugar. Pero la memoria y la magia de la tecnología, permiten que en el lugar de trabajo la "imagen viviente"



*Los promesantes en Punta Corral.*

de esa comunidad reviva en su lugar y en su tiempo para conocimiento de sus compatriotas. Es tanta la fuerza de estos hombres y acontecimientos que ya no son, para quienes, como yo en este caso, hemos asumido la responsabilidad de dar testimonio, ceñido a los ortodoxos principios de la ciencia que cultivamos, que en el momento que escribo estas líneas, resuena en mis oídos

la rechinante guitarra de Don K, que con voz desafinada, canta una vieja melodía de aire peruano. Y si cierro los ojos, estoy de nuevo en la casa de K, después de cenar. Por eso es que la antropología es una de las Ciencias Humanas, hecha por el hombre y para el hombre. Y cada vez que se olvida ésta su verdadera característica, se desvirtúan sus fines. Podrá hacerse ciencia, pero no antropología.

### 2— LA AUTOSUFICIENCIA ECONOMICA

He elegido este título porque es de uso corriente en ciertos medios para caracterizar un modelo ideal de sociedad y culturas que se denominan "folk", acuñado por un eminente antropólogo norteamericano, que tipifica un determinado tipo de economía, propio de ciertas comunidades. La utilización indiscriminada y automática del rótulo autosuficiente, dando por entendido que esa calificación basta para que todo el mundo entienda de que se habla, ha terminado por obviar la descripción menuda de cuál es exactamente el patrón de subsistencia vigente, de tal modo que no sabe-

los 4 000m. No es el lugar más adecuado ni apto para el cultivo. Y no lo era cuando sus pobladores se establecieron allí. La señora C. recordó en distintas oportunidades conversando conmigo, la dura tarea que significó poner en condiciones el terreno para poder cultivar, limpiándolo de piedras y rodados, producto de la erosión y del acarreo, y eliminando maleza y pasto duro que crece entre las peñas, a lo que se sumaba el acarreo y amontonamiento en lugares apropiados. Luego fue necesario solucionar el problema del agua, no demasiado abundante, para aprovechar al máximo el poco caudal disponible mediante adecuada distribución que implicó la tarea impropia que significó cavar las acequias sin herramientas adecuadas para trabajar el suelo y con pocos pares de brazos para realizarlo, contando inclusive con los brazos femeninos. Cuando esta tarea estuvo cumplida, recién se pudo pensar en preparar el terreno para la siembra, previa la construcción de los cercos que iban a separar los distintos rastros.

La semilla hubo que ir a comprarla a la población más cercana, problema que fue superado acumulando la contribución de todos los pobladores, que no era mucho, porque en esos tiempos la tenencia de circulante (léase dinero contante y sonante) era la mayor dificultad para estos argentinos. Durante muchos años la única posibilidad de obtenerlo era migrar periódicamente a la zafra de la caña de azúcar o a la del algodón, ya fuera a los valles orientales o a Tucumán, o hacia lugares más alejados, como Chaco y zonas aledañas. Todavía en la actualidad, en muchos lugares, sigue siendo un problema crucial, quizá uno de los principales motivos para el lento y progresivo despoblamiento. También hubo que conseguir alguna herramienta de mano y un arado, que se consigieron, pero no alcanzó para caballos de tiro. La voz de doña E. resuena todavía en mis oídos: "...y yo señor, tiré del arado que guiaba mi marido para poder sembrar nuestra chacrita de trigo, año tras año hasta que pudimos conseguir un caballo, que sirvió también para que mi marido pudiera ir a la Quebrada o bajar al Valle". Una chacrita de trigo, algún rastrojo de maíz y el imprescindible rastrojo de papas, completado por unas chacritas de habas y arvejas. Que no sumaban quizá, en total, más de dos hectáreas. Cuyo mantenimiento insumía día tras día y su conservación costaba sangre, sudor y lágrimas. A merced de vientos, heladas, lluvias y granizos inesperados, o de los roedores o de las aves que podían destrozar en poco tiempo el esfuerzo de larga labor. Pero nada los arredraba.

El pastoreo de una majadita de cabras consume la otra parte del tiempo

La pastora.

DETRAS DE LOS CERROS



Camino al mundo detrás de los cerros.

disponible, que puede cumplirse porque no requiere más que una persona para realizarlo. Suele ser una tarea femenina, o de niños de corta edad. En este caso, al principio fue cubierta por Doña E. y, andando el tiempo, por uno de sus hijos, desde que tuvo unos cinco o seis años de edad, ayudado por perros entrenados al efecto. Piensa, amigo lector, en esta criatura que sale por la mañana, a eso de las 8 o 9 horas, con su majadita y sus perros, su honda si es que la usa, y un puñado de mote (maíz hervido) que le servirá de almuerzo. Que trajinará largas horas entre peñas y huaicos, esquivando espinas y despeñaderos, expuesto al sol, al viento, al frío, para regresar a la caída del sol, encerrar la majada en el corral, consumir una cena frugal y tirarse luego a dormir, vestido, sobre unos pellones o sobre un poncho a esperar el nuevo día. Cuadro que se repite día por día en decenas de lugares de nuestro país en el Mundo detrás de los Cerros y, a veces, en el de adelante también. Claro que alguna vez, cuando tiene un par de años más, suele ponerse "una florcita amarilla" en el sombrero, o toca la quena, pero eso es anecdótico, romántico y pintoresco, "típico" cuando lo ve el turista. Lo que hay que meditar es lo otro. Alguna vez, sin embargo, en los últimos años, he podido observar que lleva una radio transistorizada. ¿Qué pensamiento tendrá la cabeza de este pastorcito, que empieza a enterarse y a conocer ese mundo "de la ciudad lejana" y sus maravillas, que no ha visto jamás y que su imaginación reconstruye



Allá, detrás de los cerros.

desbocadamente, sin ningún punto de referencia? Son algunas de las preguntas que suelo hacerme cada vez que medito en la responsabilidad que tenemos quienes conocemos ese otro mundo de argentinos y cada vez que, por fortuna, como en este momento, puedo conversar contigo, amigo lector, para contarte algo de nuestros compatriotas del lejano noroeste, recordándote que existen. Y que si ellos poco o nada saben de tu mundo, tu tampoco sabes gran cosa de ellos. Y yo cumplo así con mi función. Te cuento lo que vi *Do y testimonio*. Así como en la nota anterior te conté acerca de la Virgen de Punta Corral, una devoción que no desmerece frente a la devoción de San Cayetano, que se ha celebrado en la parroquia homónima de nuestra capital, con la asistencia de decenas de miles de peregrinos, días atrás.

De esta ganadería, si es que podemos denominarla así, el producido no es demasiado. Se elaboran algunos quesos de cabra que sirven para el consumo y alguna parte de ellos se destina para el comercio —trueque— que permitirá obtener alguno que otro producto imposible de producir en el lugar, pero que de ninguna manera es posible considerar como excedente, según lo denominan los estudios que sirven de referencia y utilizan quienes escriben en el escritorio, con los modelos elaborados por los teóricos de la cultura o de la política. Nuestros hermanos que viven detrás de los cerros, nunca tienen excedente. Apenas si sobreviven. Y sacan un poco de lo que pueden producir a duras penas para conseguir lo que les hace falta, gracias al trueque con algunos de las regiones vecinas.

Recuerdo en este momento el testimonio específico de Don K, relatando las peripecias de un viaje de ida y vuelta al Valle (Valle Grande) a tocar una parte de su magra producción casera por productos de primera necesidad. Como complemento, destaco uno de los tantos sistemas de comunicación vigentes en ese tiempo, que con toda naturalidad, mi informante mencionó: desde lugares convenidos de antemano con su esposa, hacía señales de humo para anunciar su regreso a su esposo que todos los días, a la hora convenida, observaba desde la puerta de su rancho en la dirección indicada.

La hora de las comidas estaba regulada, básicamente, por la actividad predominante. Y cuando digo "hora de la comida", no es precisamente lo que para nosotros significa. Es una comida frugal, para designarla de alguna manera. Predominan "los cocidos", que más que cocidos son "hervidos" de maíz, o de habas, que dan el "mote" que se acompaña, cuando hay, con queso de cabra. Carne, solo se consumía de tanto en tanto, por cuanto el "charqui" era lo más corriente, y no todos los días. Circuns-

tancialmente, el producto de la caza, ya fuere un guanaco o una vizcacha, reforzaba la dieta. Pan, solo por excepción. En el Punta Corral de entonces había un solo horno, que solo en ocasiones hacía un "bolo" de maíz que acompañaba la comida. El desayuno no iba más allá de un yerbeo. Complemento obligado de estas pautas alimenticias era, y es, coquear. El hábito de coquear está incorporado al estilo de vida local, como el comer y el beber. No puede ser referido al "cocaísmo" ni a la adicción que se ha convertido en una de las lacras de nuestra sociedad contemporánea. De este tema me he ocupado en otras ocasiones de modo que no insistiré en esta oportunidad. El lector interesado puede completar esta información en un trabajo mío titulado *Notas de Etnografía huichaireña*, publicado en 1977 (Bs. As. 1977, Ed. Glauco).

En rigor de verdad, se trata de una economía autosuficiente, a duras penas. Apenas si permite la supervivencia. No es que haya excedente, sino una "extracción" de lo que se produce, una privación en el consumo, para poder intercambiar con las regiones vecinas, algunos productos indispensables para la vida, para poder subsistir. Lo que generalmente es considerado como excedente, una bolsa de habas o de arvejas, que con gran penuria "se bajan" hacia Tilarca o hacia Tumbaya para venderlas y conseguir algún circulante, a las que se suman, a veces, algunas hormas de queso de cabra, que deben comercializarse a precios irrisorios, porque la producción de esos lugares o la que viene en caminos desde los valles salteños constituye una competencia ruinosa.

Como podrá verse por lo que digo en las páginas que siguen, nuestros hermanos detrás de los cerros han elaborado lo que bien podía denominarse una "cultura de la frugalidad", o con mayor precisión, una "cultura de la escasez", que repercute directamente sobre distintos aspectos de su estilo de vida, tanto que podría llamarse una "cultura de la supervivencia", sin caer en exageraciones ni en dramatismo. Porque esta escasez no se refiere únicamente a la economía o a la alimentación. Sino también al alimento espiritual, a la educación, al sanitarismo y a las fuentes de trabajo y recreación.

3— LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

En el acápite precedente ya me he referido, con cierto detalle, a las tareas que cumplían nuestros hermanos de Punta Corral a propósito del análisis de la economía, que siempre se cataloga de autosuficiente y he demostrado que no lo es tanto. Quiero referirme ahora a lo que tradicionalmente se agrupa con el

LJ  
P roducciones

ANGELA IRENE

LOS ANDARIEGOS

DOMINGO CURA

CUARTETO URPIYAY

PRODUCTOR:  
JOSE LUIS ALEGRE

T. E.: 88-4262

El mundo

detrás de los cerros

rótulo de "división sexual del trabajo" en las guías para el investigador de campo que se estudian y se consultan en el Instituto, o en el Lugar de Trabajo en el que se aprende nuestro oficio. Muchas veces, sin quererlo, suele olvidarse que las propuestas que figuran en esos textos o son un "ayuda memoria" para cuando se trabaja en el terreno o una herramienta para ordenar los datos que se obtienen, y se los convierte en un paradigma de lo que existe en cada grupo humano que se estudia o que debe existir. Y así salen las cosas.

Porque en Punta Corral, salvo las tareas inherentes a la maternidad, no existía esa división, como tampoco la división del trabajo por edad. Eran muy pocos y mucho lo que había que hacer. Como ya puede suponerse por lo que dije en el acápite anterior, en la preparación del terreno para cultivar, en la construcción de las obras de riego y en la siembra, trabajaron todos, hombres, mujeres y niños. Otro tanto ocurría con la conservación y mantenimiento de los rastrojos y su protección contra aves y roedores, como así también las tareas de riego, dentro de la precariedad del agua disponible. La cosecha, finalmente, se hacía también con la intervención de todos.

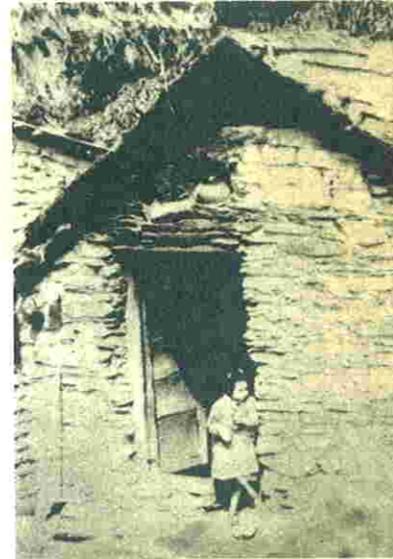
Las tareas hogareñas, distaban (y distan en ese Mundo) de lo que esa denominación sugiere. La vivienda es solo un lugar abrigado para pasar la noche o los días de mal tiempo. El resto de la vida es el aire libre. Por lo general, disponen de una sola habitación sin aberturas, o a lo sumo dos, contiguas, sin comunicación entre sí. Lo que podemos llamar una cocina, no pasa de una "ramada", adosada a una de las paredes, en la que está el fogón, junto al cual reposan un par de ollas tiznadas y una pava que fue enlozada algún día. En una de las "ramadas" había un caño de hierro para soplar el fuego, ya sea para avivar el rescoldo por las madrugadas, para preparar el desayuno, o para avivar el fuego mientras se cocinaba. Enseres de cocina, no muchos. Fundamentalmente, jarros de cinc o enlozados, con asa, aptos para todo uso. Platos, de aluminio o enlozados, y alguno de madera. Cucharas de metal, pero sobretodo de madera. Cuchillos escasos. Uno o dos. Una sartén tiznada en un caso. Los habitantes duermen todos en el mismo ambiente, con perros si los hay, y algún ave de corral. El lecho, la madre tierra, sobre la que se tiran pellones y mantas para cubrirse. En uno de las casas había un catre de lona y en otra, un catre de tientos. Las herramientas de trabajo y demás utensilios, se guardan también en el mismo

recinto. Clavos en la pared, o un listón de madera apoyado en dos clavijas que lo sostienen, que hace de alacena, completan casi siempre el mobiliario. Queda sobreentendido que no existían, ni existen, baños o letrinas. Con este panorama se entiende que la mujer no es esclava de las tareas domésticas, su trabajo doméstico no va más allá de preparar la comida, que como ya he dicho, dada su frugalidad, no insume mucho tiempo en sí. A él debe sumarse la recolección y acopio de leña, tarea diaria, de la que siempre se guarda un poco a cubierto para los días de lluvia, no muy frecuentes.

El cuidado de los niños tampoco presenta demasiada carga. Si son pequeños, la *guagua kepida*, es transportada y mantenida en el rebozo que lleva a la espalda. Sin sacarlo de él, con un solo movimiento, lo acomoda para alimentarlo de su seno. De ese modo puede realizar otros trabajos porque tiene los brazos libres. No bien caminan solos, deambulan por el patio y por los alrededores de la casa, a veces "con el pupo al aire", bajo la mirada vigilante de la madre, cuando está cerca, cosa que no siempre ocurre. Cuando llegan a los cinco o seis años, ya se convierten en seres útiles y ayudan con su trabajo, como dije al hablar del pastoreo. El lavado de la ropa hecho con cierta periodicidad, es tarea femenina, que se cumplía en un balde de cinc o bien en *bateas de palo* (de madera) que se colocaban a la vera de la acequia. La ropa, una vez lavada, se extendía en el suelo, o bien se colocaba sobre algunas peñas cercanas, a la vista y al alcance de la mano. Pero además, con *guagua kepida* o sin ella, la mujer colaboraba activamente en las diarias tareas con los hombres. Tan pronto aportaba los surcos del joven maizal, como vigilaba los turnos de riego, o reparaba cercos de ramas. De a ratos podía verse que también hilaba los vellones de lana de su majada que más de una vez también pastoreaba, sin dejar de hilar, la *pushka* colgando.

Los hombres, luego de un frugal desayuno, "bebido" como decimos en nuestro mundo, porque generalmente no es más que un te de yuyos o un te de mate, marchan a su tarea. A revisar cuidadosamente la majada antes de que el pastor o la pastora de turno los lleve al cerro a buscar el escaso alimento disponible. A verificar el estado de cercos y corrales, de acequias y a recorrer y aportar rastrojos, o a buscar leña o cosas por el estilo. Alguno de los ancianos, ya proyectos, hilaban a la par de las mujeres y me contaban que hasta no hacía mucho tiempo, solían tejer en un telar debajo de una enramada. Ya nadie teje. Hilan sí, cuando disponen de vellón, pero para vender a otros teleros o en el pueblo, si es que sobra algo, o deciden venderlo porque lo necesitan para conseguir circulante.

La vestimenta, si bien ya son pocas las prendas de factura local, producto de la industria doméstica, no es demasiado abundante ni variada. La *ojota*, de confección casera, se fabricaba con trozos de cubierta de automóvil. *Medias de lana gruesas* eran tejidas por las mujeres para servir de abrigo en los días de crudo invierno de la altipampa. Del mismo origen eran los *gorros tejidos*. Algunos, a la manera de los viejos *Chullus*, otros permitían reconocer que el modelo local había copiado una gorra con tapa orejas de manufactura industrial. *Gruesos mitones de lana de llama* abrigan las manos. *Camisas de abrigo* y *pullovers* de origen industrial, casi todos de segunda mano, gastados, rotos y zurcidos y vueltos a zurcir, asomaban por debajo de sacos usados o camperas, también deteriorados. Por encima de ellos, el poncho. Muchos de origen artesanal y otros, industriales.



Masticando coca (Dragosky-Páez)

Altipampa de Punta Corral se animaba, más bien, casi resucitaba, a una vida exultante en la que sus habitaciones, los peregrinos y los promesantes, sin distinción de clases, ni de sexo ni de edad, participaban de la gran fiesta de la *Mamita* de Punta Corral. Así lo describí en la nota anterior. Intentaré, a continuación indagar la razón de la adhesión a la tierra que los mantuvo durante tanto tiempo y del desaliento posterior que los movió a emigrar.

La conservación y mantenimiento de los arrees de montar y de labranza, y la conservación y mantenimiento de las pocas herramientas de trabajo disponibles, difíciles de reemplazar por falta de circulante, representaba largas horas de labor y verdaderos milagros de habilidad para mantenerlos en uso. Otro

tanto pasaba con *árganas*, alforjas y demás elementos que servían para el transporte. El cuero usado para fabricarlos debe ser mantenido en condiciones de utilización, que se hacen difíciles por la sequedad y el frío.

Las largas noches de invierno transcurrían lentas e interminables, agrupados todos alrededor del fogón encendido en el centro de la habitación. No había mesas ni muebles. Alguna piedra o un tronco sirven de asiento. Por lo general hombres y mujeres estaban en cuclillas, como sentados sobre los talones. La luz de un *candil*, o de una vela, apenas si arrojaba su resplandor amarillento mitigado por el humo. Poco se hablaba. Puedo verme, formando parte del grupo, un par de noches de agosto, frías y ventosas afuera, luchando interiormente con un cargo de conciencia, porque cuando llegara la hora de dormir, yo iba a introducirme en una abrigada bolsa de dormir, rellena de pluma de ganso (y no con espuma de goma o plástico como las que se usan ahora) en lugar de tirarme sobre pellones y mantas.

Así vivían nuestros compatriotas de Punta Corral. Porque ahora la comunidad ya no existe. Solo vive allí el Esclavo y su familia, y no permanentemente, porque pasa largas temporadas en Tumbaya o en Jujuy.

Así vivieron largo tiempo. Día tras día. Año tras año. Luchando a brazo partido con las dificultades, propias de un medio hostil, que era el único que conocían bien y al que pertenecían. Un pedazo del Mundo detrás de los Cerros. Solo una vez al año, unos escasos días, la

4- LA TIERRA Y EL HOMBRE

El estilo de vida de esta "pequeña comunidad" que fue Punta Corral hasta la década de los años sesenta era una muestra casi insignificante de un estilo de vida que prevalece en decenas de comunidades en lo que he llamado el Mundo detrás de los Cerros, a lo largo y a lo ancho del Noroeste Argentino. Pero su tamaño no disminuye la importancia de mi testimonio. He sido testigo del epílogo de un proceso que se inició en el siglo XVI, mas exactamente, en el último tercio, en la unidad espacial donde esta ubicada la Altipampa de Punta Corral. Un fragmento del espacio geográfico que fue ocupado, transformado y aprovechado por las sociedades y culturas prehispánicas que allí vivían. Así lo demuestran la sucesión de testimonios arqueológicos que aparecen, casi sin solución de continuidad, no bien se transpone la primera línea de cerros que bordea la Quebrada de Humahuaca por el rumbo este. De ellos he dado varios testimonios que no es del caso repetir aquí. Inclusive, el espacio ocupado por la comunidad y el Santuario es un cruce de caminos prehispánicos y hay allí un yaci-

miento de cazadores sin cerámica. Extensos cuadros de cultivo se suceden uno tras otro. Los pobladores de esa zona conocieron épocas mejores, sin duda alguna, según lo prueban esas ruinas. En esos tiempos el patrón de vida agrícola pastoril común a los pueblos del gran grupo de los agricultores andinos, como los he llamado, había logrado un equilibrio más o menos estable, en sus relaciones con la naturaleza, adecuándose al medio y aprovechando de los recursos naturales al alcance de su mano, especialmente basados en la agricultura, que les permite extraer de la tierra la base de su sustento. Elaboraron así una cosmovisión particular común a todos los grupos humanos que integraron el gran grupo de las Culturas Andinas que les brindaba una cierta seguridad. No dominaron la naturaleza, pero consiguieron lo que he llamado un "cierto equilibrio" que les permitía vivir con seguridad en el mundo que habitaban, el mundo de aquí el mundo que pisaban (KEYPACHA) mediante el cumplimiento de una serie de ritos que aseguraban que las fuerzas extrahumanas que habitaban el Mundo de abajo (UKJUPACHA) les serían favorables año tras año, y que las fuerzas residentes en el Mundo de Arriba (JANANPACHA) no intervenirían para perjudicarlos. Un panteón no demasiado complicado completaba su sistema de creencias entre cuyas divinidades ocupaban rango principal la *Madre de la Tierra* y de los Cerros (no la *Madre Tierra*, como se la llama generalmente) que reinaba en el Mundo de Abajo, y la *Luna*, en el Mun-

do de Arriba. La primera la conocemos con el nombre *Pachamama*, nombre con el cual los Incas la incorporaron a su Panteón, como una divinidad de segundo o tercer orden. La segunda la *Mama Quilla* de los Incas, no sabemos como se llamaba en el Noroeste, pero era la divinidad del Mundo de Arriba, antes que los Incas adjudicaran ese rol al dios *Sol*, a *Inti*, como *Dios Máximo del Mundo de Arriba*.

La *Pachamama*, o mejor dicho, la *Pacha*, como se la denomina habitualmente entre los criollos del Noroeste, era una divinidad muy poderosa, un poco inconstante y versátil, amenazadora y protectora al mismo tiempo, que había que tener aplacada cada vez que se iniciaba una tarea, cualquiera que fuese, especialmente vinculada con la agricultura, con la reproducción, con los nacimientos, con todo lo que estuviera vinculado con el Mundo de Abajo, incluida la comida, los viajes, la construcción de una vivienda, la iniciación de la siembra y la cosecha. Es que en el Mundo de Abajo, estaban los gérmenes de todo lo que aparece sobre el Mundo de aquí, el que pisaba el hombre del Noroeste. Mundo que además, cohabitaba a los muertos,

que enterrados bajo la superficie (UKJUPACHA) aseguraban la permanencia, año tras año, como la semilla vegetal, de la especie humana. Era casi la *divinidad por excelencia*. Con carácter universal y local. Universal porque reinaba en todo el Mundo de Abajo Local, porque en cada lugar se manifestaba con poderes imprevisibles. Tanto que en cierto lugar podía ser favorable y en otros no. Pero el cumplimiento exacto de los ritos establecidos garantizaba que año tras año el ciclo vegetal se cumpliría. La semilla crecería y a través del agujero que el tallo perforaba al crecer, la planta pasaría del mundo abajo al mundo de aquí. Ríos, fuentes y manantiales aparecerían en hueco y cavernas. Y el muerto enterrado volvería a nacer, también por un agujero, en este caso, el sexo femenino. Anualmente, en tiempo de cosecha, el orden establecido se rompía y el desenfreno orgástico de *La Fiesta*, que rememoraba el *Tiempo Feliz* en el que no era necesario trabajar, que la cosecha se daba por sí, en el que no había frenos ni orden establecido, garantizaba que todo volvería a repetirse al año siguiente. La *Madre de la Tierra*, la *Madre de los Cerros*, ominosa y vengativa, pero a la vez favorable y protectora, a su modo en cada lugar, garantizaba la perduración del grupo humano allí establecido, en tanto se cumplieran adecuadamente los ritos establecidos. Y así se hizo año tras año. La comunidad creció y perduró. Su horizonte geográfico era limitado por las cadenas de cerros, que sistemáticamente, se abrían para albergar a otra comunidad semejante, hacia todos los rumbos. Los contactos no eran frecuentes, pero no se ignoraban entre sí y más de una vez se allaron frente a enemigos comunes. Pero era esa divinidad la que los mantenía apegados a su terruño, porque era la garantía de su perduración.

Cuando vino el Conquistador su acción se expandió, lenta e inexorable como una mancha de aceite sobre el papel. Y un día llegó al Mundo detrás de los Cerros, con atraso, a veces de casi un siglo, por la distancia y la dificultad de acceso; pero con la fuerza suficiente para alterar el equilibrio vigente que regulaba la vida comunitaria, porque traía la propuesta de una nueva Religión, que afectaría especialmente sus bases más firmes: el equilibrio con la Naturaleza. La Buena Nueva Impuesta por persuasión o por la fuerza, no es del caso tratar este tema ahora, rompió un equilibrio y no lo reemplazó por otro. El viejo poblador de la tierra sintió que el suelo bajo sus pies temblaba. El misterio de la Encarnación, la Santísima Trinidad, Dios Padre Todopoderoso, explicados por hombres extraños, que no sabían su lengua (y si la sabían, no alcanzaron a entender su significado precioso) fueron cosas que no pudo entender. Su mundo se bambo-

El mundo

detrás de los cerros

leaba, el equilibrio estaba roto y el a merced de fuerzas extrañas que no podía controlar. La alineación lo amenazaba a toda hora y día tras día. En secreto, repetía sus ritos, implorando a la Pachá para que asegurara su supervivencia y devolviera seguridad al mundo que pisaba. Pasado el primer momento de estupefacción, recuperaron algo de su fuerza en la clandestinidad, como diríamos hoy, hasta que se filtraron en el ceremonialismo que se les había impuesto, por esa fisura que representó el Carnaval importado, según he demostrado en otra ocasión (Ver: **Evangelización, calendario y conflicto cultural**, Lafón Ciro René, Actualidad pastoral N° 37, Noviembre 1970).

Con lo cual, en cierto modo, se reemplazó el viejo equilibrio por otro que duró bastante mucho tiempo los ayudó a vivir. El Carnaval se convirtió en la **fiesta por excelencia**, que, disfrazada y transformada, escondía la gran Fiesta de verano que aseguraba a la iniciación del Ciclo Vital para el año siguiente.

Así ocurrió en el ámbito noroeste en los lugares por donde discurría el proceso civilizatorio y en sus aledaños. Pero el Mundo detrás de los Cerros estaba a trasmano. Algunos de sus pobladores conoció y participó del Carnaval en el bajo, pero en su tierra el equilibrio seguía roto hasta que un día la Vieja Divinidad se manifestó nuevamente (así dicen los informantes) en una piedrita que "recordaba la virgen y el niño" cuya historia reseñé en la primera nota. Fue la **Virgen de Copacabana de Punta Corral**, esa imagen, y no otra. Esa imagen y no lo que representa, fue el agente restaurador del equilibrio. Porque en "su corazón" está la piedrita que apareció en el Abra de Estancia Grande donde la encontró el arriero de la historia, que los conecta con los Cerros y con su poderosa divinidad, que se na vestido con el ropaje y la forma corpórea que trajo la religión impuesta. Aceptada esta versión por la Iglesia sin mayores disquisiciones teológicas, bendijo la capilla que se convirtió en un Santuario, que albergó la imagen milagrosa, que garantizaba la canalización de la religiosidad popular de la gente de la Altipampa de Punta Corral. Su prestigio aumentó con el correr de los años todo el norte del país llegando hasta los países vecinos. Y una vez por año bajaba a Tilcara y era alojada en la Iglesia local y venerada en un pie de igualdad con las imágenes ortodoxas de la Iglesia Católica. Después de un cierto tiempo volvía a su Santuario, detrás de los Cerros y desde su refugio protegía y vigilaba a nues-

tros hermanos de la Altipampa que contaban con su fuerza para sobrevivir. Tomaban gracia por contacto directo con su vestimenta, ofrendaban limosna, llevaban ex-votos por sus promesas, encendían velas, peregrinaban a pie, de rodillas algunos, o con grandes pesos, consumían la **tierrita** como infusión y se hacían "pisar por la Virgen". Y en ocasión de la visita comunitaria al Santuario, la peregrinación recuperaba su viejo sentido propiciatorio y orgiástico según dije en la nota anterior, convirtiéndose en "la fiesta" del viejo calendario andino, algo venida a menos, pero con suficiente fuerza como para asegurar la supervivencia de sus devotos actuales. Que seguían luchando con el medio hostil, pero con fe en la Mamita.

Pero había otra razón, y no menos poderosa, para que siguieran luchando con ese medio en esos primeros años de la década de los años sesenta cuando yo los visitaba y viviera con ellos: la esperanza de convertirse en propietarios de la tierra que pisaban, con la que luchaban a brazo partido para extraerle los frutos para sobrevivir. Pero a la vez esa tierra era "el Mundo de Aquí" en el que

5 - A MANERA DE DISGRESION PERO NO TANTA

Desde hace un cierto tiempo, no más de dos o tres años a esta parte que he venido observando con atención, no exenta de preocupación, como va infiltrándose lentamente bajo el generoso y amplio rótulo de Folklore una cierta corriente que hunde sus raíces en el Indigenismo, una disciplina que fue tomando cuerpo a partir de lo que inicialmente se llamó Americanismo, dentro del gran campo de las Antropología Americana. Una de las instituciones más conocidas y serias tiene su sede en México, el Instituto Indigenista Americano. Pero el indigenismo al que me refiero no es precisamente lo mismo, por eso lo escribo con minúscula. Es otra cosa distinta, que usa ese rótulo y esta contribuyendo lenta y persistentemente a aumentar la confusión existente en el campo del Folklore, tanto o más que el folklorismo desnaturalizado, al cual ya me he referido desde estas páginas en más de una oportunidad, como el lector asiduo recordará. Aparece periódicamente y regularmente en el periodismo



Así teñan los hombres.

oral, escrito y televisivo. Y sólo quiero con este comentario hacer oír un llamado de alerta a los desprevenidos y también a los investigadores serios que ingenuamente hacen coro a instituciones, espacios o publicaciones, que andan en estos pasos.

Mencionaré en primer lugar desviaciones y despropósitos acerca de un asunto que es el que ha motivado esta mi aparente digresión. He tratado en el cuerpo de estas notas sobre Religión y Cultura, la cosmovisión andina y la Pachá, así, a secas, como se la menciona. Vieja divinidad tónica pre-incaica, relegada en el Panteón de los soberanos del Cuzco a segundo plano, pero cuya vigencia perdurará en nuestros días. Algo así como la divinidad por excelencia para nuestros criollos el ámbito noroeste. Que se recuerda y se invoca diariamente, con devoción con respeto, con extraña unción, sombrero en mano. Cada vez menos en ciertos lugares, adonde el inexorable avance de la desacralización y el secularismo va desdibujandola. Y me desagrada profundamente la falta de respeto para con manifestaciones religiosas, relictos de una complicada cosmovisión que fue el sosten de las culturas que aquí vivían cuando llegaron los españoles y se mezclaron irreversiblemente con la que ellos traían y dió origen a la configuración criolla del noroeste que estoy tratando en los últimos números de esta REVISTA. Me desagrada como hombre y como antropólogo. Porque la ciencia que cultivo es una de las Ciencias Humanas.

su vida discurría día tras día, año tras año, garantizado por el "Mundo de Abajo", que con la protección de la Pachá, debidamente atendida, haría que el ciclo vital de supervivencia siguiera repitiéndose. Así lo aseguraba el poderoso mana que irradiaba "la piedrita" que estaba en el corazón de la imagen de la Mamita. Que no era la Pachá, sino una manifestación de su poder, un mensaje de esperanza que se vistió con ropaje cristiano. Ella los protegía. Y ellos la custodiaban, en su santuario, casi escondido en un recoveco del Mundo detrás de los Cerros.

Supe de boca de estos criollos que en los primeros años de la década anterior (1950) se había aprobado un proyecto de ley provincial, que de haberse puesto en vigencia, los hubiera convertido en propietarios. Efectivamente, en esa época en la que yo trabajé en Tilcara y en la región durante largas temporadas, empezó a tomar cuerpo una vieja aspiración de los pobladores de grandes extensiones de tierra que estaban en manos de una sola persona. Pero la

lentitud del trámite legal, la sorda oposición de los sectores afectados y el desvalimiento de los destinatarios de la medida, sin asesores y sin mas apoyo que el "mana" de las viejas divinidades de la Tierra, encontrarían graves escollos en sus aspiraciones. Los acontecimientos políticos posteriores abrieron un compás de espera. Vuelva la normalidad, en la década de los años sesenta, esperaban la actualización de las gestiones. Pero el tiempo pasó y el sueño fue desvaneciéndose hasta desaparecer. Y, para colmo, se habían reavivado viejas cuestiones jurisdiccionales entre las villas de Tilcara y Tumbaya acerca de la "propiedad" de la virgen, en las que finalmente interpondría la Iglesia, volvieron a afectar hondamente a los criollos de Punta Corral, que abandonaron la lucha, pero no la devoción y se fueron a vivir a otro lado menos inhóspito. De la nueva situación conflictiva me ocuparé en la próxima nota. En el acápite siguiente consignaré algunas reflexiones acerca de ciertas manifestaciones pseudoculturales que están surgiendo, que configuran una falta de respeto, casi un verdadero sacrilegio, y vulgar desacralización mercantilizada de la Madre de la Tierra, son pretexto de "mantener vivir la Tradición".

No puede convertirse la veneración de la Pachá en un espectáculo público musical, calificado como **espectáculo ceremonial**, pretexto para baile, música con "instrumento típico", audiovisuales, copleros y otras yerbas. **Todo alrededor de un balde con yuyos**, cosa de no ensuciar el piso, debajo del cual seguramente la Pachá se habrá ruborizado, tratando de no manifestarse para que no vean adonde ha venido a parar. Pero esta ocasión no insistiré en otros aspectos no menos deprimentes ni en ciertos mensajes que pueden leerse entre líneas de algunas de las arengas que suelen oírse, transcribirse y leerse. Todos son pretextos, repito, de integración y tradición y otros conceptos semejantes, que contribuyen a la confusión. Es un verdadero sacrilegio. Técnicamente hubo un grave error en el montaje: el "color local" y "milenario" (sic) debió haber sido dado por un yurito de chicha y jarras enlozadas, y no por una botella de vino (¿sería importado?) y copas de cristal.

El segundo aspecto, vinculado con el anterior desde el vamos, es la participación de solistas y conjuntos y sus atuendos. El poncho que cubre trajes de calle, pantalones y mocasiones diversos, o va terciado sobre el hombro, es fundamental. Cuando termina la función se guarda en el auto o en el bolso y a traicosa. Es algo así como un format-

me de trabajo. Pero hay otros disfraces más complicados, que van desde **chalecos y corraleras multicolores, con botones o cordones, que cubren camisas de acrocel, con cuello abierto, hasta versiones barrocas del traje de los varayoc** de las comunidades peruanas de la Sierra, que **Incluyen borlas y cascabeles**. Sin contar con ciertos conjuntos musicales vocales cuya originalidad descansa en la **vestimenta que recuerda, el traje de luces** de un torero, mas que en su armonía o virtuosismo. DE este indigenismo folklórico, ¡Libéranos, Domine! Además la tapa del disco de uno de tales conjuntos habla del **charango autóctono** y mezcla a Villtipoco con el Tahuantinsuyo.

El tercer aspecto es más espeluznante que los que he mencionado, aunque no lo parece. Y es lo que más mal hace, por que salvo el entendido o informado al respecto, no se advierten a simple vista los graves errores e imposturas. Se confunde raza con cultura, se mencionan nombres que tan pronto tienen valor lingüístico como político, en todas las presentaciones públicas y también por escrito. La confusión aumenta cuando se hace la apología de "la raza colla", como rareza biológica. Tan rara es que no es raza, ni siquiera un "tipo racial" sino producto de la adaptación a la altura, como puede leerse en cualquier manual elemental de las culturas andinas. **Es que están haciendo racismo**, luchando por la integración. Pero no termina ahí esta Babel de despropósitos. Porque estos criollos (3) que andan en la cosa indígena de nuestro noroeste, añoran los tiempos del Imperio Incaico y su cultura como sus raíces, y lloran sobre ese pasado glorioso. Que en ciertos lugares fueron los primeros en sojuzgar a los aborígenes locales y donde no los sojuzgaron, habían empezado a penetrar verticalmente la cultura local, empezando por el idioma, que terminó con los idiomas locales. Extraña paradoja la de este indigenismo que repudla la conquistas española añorando los tiempos de su amo anterior (que no siempre lo fue) ¡Un indigenismo al que le faltan los indios! Que a veces mezcla a Belgrano con Viracocha, a Tiahuanaco con el Tahuantinsuyu y llega a crear **vestimentas típicas de Humahuaca** con chaquetas bordadas con la Puerta del Sol.

**Amigo lector: nada de esto o parecido, que veas, leas y oigas tiene que ver con el Folklore.** Algún día conversaré de este asunto más extensamente contigo, porque tiene varias caras. Nada que ver tampoco con el tema que trató en estas notas. **No vayas a confundirlos.** En la próxima comprenderás porque hice esta digresión. Disculpame.

# EL MUNDO DETRAS DE LOS CERROS

## LA DEVOCION DE LA VIRGEN DEL ABRA DE PUNTA CORRAL, EN MARZO DE 1980

por *Ciro René Lafón*

### I INTROITO

Como recordarás, amigo lector, en una de las notas anteriores hice una breve historia del origen de la imagen de la Virgen de Punta Corral, más precisamente, de la Virgen de Copacabana del Abra de Punta Corral, que así se llama esta nueva advocación de la Virgen, a cuya fiesta asistí y participé, acompañado por mis colaboradores, la Lic. Luisa P. de Gordillo y una alumna de la Licenciatura de Historia de la Universidad de Belgrano.

El plan de trabajo que me había propuesto fue cumpliéndose tal como había sido pensado, no sin alguna vacilación, producto del tremendo esfuerzo físico que había significado para nosotros llevar a cabo la peregrinación y regreso con la imagen de la Virgen de Punta Corral hasta instalarla en la Iglesia de Tumbaya. Luego de descansar el Domingo de Ramos por la noche, celebramos una reunión para hacer los preparativos de la nueva peregrinación, rumbo al Santuario del Abra de Punta Corral, que partiría alrededor de las 21 del lunes santo con ese rumbo, encabezada por las bandas de sicuris. Analizamos concienzudamente nuestro estado físico, aparentemente bueno, pero no queríamos hacer excesos que podrían resultar peligrosos.

Pudo más la cordura que el entusiasmo y apuro por conocer a fondo esta nueva versión de la celebración, así decidimos no partir el lunes a la noche, acompañando a los músicos, sino el martes en las primeras horas de la mañana luego de descansar plenamente otra noche para recuperar más energías. Es conveniente decir que esta demora en la partida no afectó prácticamente la participación en la peregrinación porque muy pocos peregrinos salieron tras las bandas. El grueso de los promesantes se distribuyó en dos grandes grupos: uno fue saliendo el lunes por la tarde y otro el martes por la ma-



*Calvario de la Peña.*

ñana, pero no hubo solución de continuidad en la partida, porque constantemente podía verse a algún peregrino que iniciaba su marcha rumbo al nuevo Santuario, con las primeras horas de la noche.

Aprovechamos el día lunes para recoger más información acerca de los preparativos que podían verse desde la mañana en la villa de Tilcara y para celebrar un par de entrevistas con buenos informantes, que facilitaron datos

## SUPLEMENTO



*La capilla del Abra.*



*Descanso en Chilcaguada.*

concretos sobre la estructura y función de las bandas de sicuris en esta devoción cuya significación estaba empeñado en desentrañar. Como comprobé un par de días después la Lic. Gordillo, que tomó a su cargo documentar este aspecto en particular, el papel de las bandas en la celebración ha cambiado fundamentalmente con respecto al que desempeñaban en la década del sesenta. Y otro tanto puede decirse con respecto a su organización, integración y funcionamiento, que responde ahora a pautas totalmente distintas, si no apartadas por completo de su anterior finalidad. Este tema es motivo de análisis en profundidad en el volumen que estamos preparando. Datos concretos acerca de la fabricación de instrumentos y de las técnicas empleadas, pudimos obtenerlos de distintos "dueños" de bandas, especialmente en La Banda, que viven en las vecindades de la vía y de la estación del ferrocarril.

En las calles de Tilcara, en la plaza, en la Feria que se había instalado dentro del Mercado Municipal y en sus adyacencias podía verse gran cantidad de gente "extraña", es decir, no del lugar.

Podían distinguirse fácilmente los que venían de la ciudad (Jujuy), los que venían de otros lugares de la Quebrada, estudiantes de colegios secundarios de San Salvador y de otros puntos y un número no desdeñable de turistas de distintos lugares del país. Una rápida recorrida por las distintas "carpas" me permitió verificar una vez más la gran transformación que ha sufrido esta especie de comercio y que está acelerándose cada vez más, pero, sin embargo, conserva algunos rasgos tradicionales que permanecen inmutables, como por ejemplo, el regateo con la señora, porque las que manejan el negocio son por lo general mujeres.

Claro que no puede decirse lo mismo de los productos que se mercan. Junto al puesto que vende toda clase de "cóminos" y aderezos para comidas, hay otro que vende ropa y calzado de nylon traídos de Bolivia, y más allá otro que vende sólo ponchos y chalinás. No faltan los puestos que venden yerbas y plantas locales, yuyos bolivianos y peruanos, moluscos y caracoles del Pacífico y cosas por el estilo, paño relicto de los shamanes yungas, que se ofrecen al

amparo de una farmacopea secularizada, que sólo prepara tés y tisanas, especialmente recomendadas para curar reumas, dolores de cabeza, fiebres y toses rebeldes, cuando no recomiendan las cualidades afrodisíacas de determinada planta. Pude ver sobre uno de los estantes de uno de los puestos una tremenda estrella de mar, de diez centímetros de diámetro, el más poderoso talismán quizá, para un futuro venturoso de amor y felicidad, que fue recomendado para preparar tisanas diuréticas, partiéndolo en pequeños trozos. Pregunté a la encargada si no tenía una piedra bezoar y me miró con cara de gran asombro. Me respondió: "Yo no, señor. Pregúntele pues, a mi comadre, de enfrente. Ella ha sabido tener". Así lo hice y la respuesta fue harto ilustrativa: "No, ya no tengo, señor. He sabido traer de los cerros. Mucha gente sabía encargarme". Y agregó: "¿Y, Usted señor por qué la busca?". Le expliqué que por sus virtudes, para regalársela a un amigo. "¿Qué le va a hacer, señor —dijo—. ¡hoy, ya nadie cree en esas cosas! (Sic transit gloria mundi)".

En estas actividades transcurrieron las horas de la tarde y al anochecer la gente iba acercándose a la plazoleta que está frente a la Iglesia de Tilcara, preparándose para ver salir a las bandas encabezando la peregrinación que saldría a buscar la imagen de la Virgen de Copacabana del Abra de Punta Corral. De este mismo lugar había partido el pasado día 22 de marzo. La descripción de la partida de la Virgen hacia el santuario es el resultado de la observación cumplida por la Lic. Gordillo, que había adelantado su viaje para tales efectos. A continuación, como cierre para este introito transcribo el relato mencionado.

A las cinco de la mañana tañeron las campanas llamando a misa y en poco más de un cuarto de hora, hubo una gran concentración de personas, especialmente mujeres, que asistió al oficio religioso celebrado por un sacerdote venido exprofeso de Córdoba. Un grupo más numeroso aún se había ubicado en el atrio y frente a la Iglesia, pero no

# EL MUNDO DETRAS DE LOS CERROS

participó de la misa. Cuando el reloj de la Iglesia empezaba a dar la hora seis se oyó la inconfundible señal de una matraca primero y un redoblante después, que dieron paso al sonido de las cañas y del tambor de una banda de sikuris que empezaron a tocar. Era todavía noche cerrada y en la penumbra aguardaban dos bandas, que darían adecuado marco al ascenso de la Virgen hacia el Santuario del Abra. Tocaron alternadamente, enfrentados formando una fila doble, soplando con fuerza, una fuerza que se siente en los ojos, en la música y en una extraña sensación que transmiten y que impregna el aire de manera casi palpable.

Un grupo de voluntarios encabezó la columna cargando la imagen seguida por el sacerdote, dos religiosas y la gente que se había reunido, que acompañaron su marcha con cánticos litúrgicos. Las bandas encabezaban la columna marchando a paso lento y regular. Subieron por la defensa del Guasamayo y a medida que ascendían la gente se iba dispersando. Llegados a la Usina, el sacerdote bendijo a los peregrinos y emprendió el regreso. Muy poca gente subió esta vez. El eco de las bandas se perdió a lo lejos y recién avanzada la tarde se oyeron volver. Allí en los cerros la Virgen permanecería nueve días.

## II PARTIDA DE LA PROCESION

No eran todavía las 21 hs del lunes santo cuando la gente empezó a congregarse tratando de ocupar los mejores lugares para observar la bendición de las bandas de sikuris que iban a buscar a la Virgen según el ceremonial establecido. Mis colaboradores y yo nos distribuimos estratégicamente para no perder detalle de los acontecimientos que iban a desarrollarse. Cada uno de ellos con instrucciones precisas de la tarea a cumplir, pero dejando a su iniciativa la elección del momento: se trataba de grabar y fotografiar la mayor cantidad de testimonios posible. Trabajamos largo rato, ansiosos y entusiasmados, frente a la actividad que se desarrollaba ante nuestros ojos, tratando

de no perder detalle alguno. Cumplido el registro magnetofónico de los preparativos y de la llegada de las primeras bandas, pasé al interior de la Iglesia para continuar la tarea.

A partir de entonces pude observar la entrada de la Banda de Sanidad, de creación reciente, integrada por enfermeros del Hospital de Tilcara, destinada a prestar apoyo sanitario a los peregrinos. Llevaba esta banda un gran arco de flores de papel donado por sus miembros para adornar con él un nuevo Calvario construido por sus miembros para aliviar el largo camino entre Chilcaguada y el Abra de Punta Corral. La ceremonia que se cumple en el interior de la Iglesia responde a pautas establecidas desde hace largos años. Las bandas se van acercando a la Iglesia tocando a toda fuerza y una vez en el atrio dejan de hacerlo, mientras esperan la señal para entrar. Por los parlantes se anuncia el nombre de la banda, el año de fundación y el nombre de sus componentes. Entran de rodillas hasta el altar y allí son bendecidas por el sacerdote. Inmediatamente, sin volverse, retroceden hacia la salida, tocando con sordina. Una vez afuera, de pie, continúan tocando aires diversos, para tomar luego posición de marcha y dirigirse rumbo a la Defensa, para iniciar el largo camino hacia el santuario. En total desfilaron dieciséis bandas, que tardaron más de dos horas en recibir la bendición.

Nuestros esfuerzos se multiplicaron para no perder el hilo central de la ceremonia. Los grabadores funcionaron a pleno en cada ocasión que fue necesario. La cámara con flash incorporado trabajó sin descanso. Uno de nosotros iba, en ciertos momentos, completando la descripción de lo que veía. Nada pudo en ese momento hacer pensar que una parte de la documentación obtenida iba a ser sacrificada en aras de la crisis vocacional de uno de los participantes. Afortunadamente, el material obtenido sobrepasa ampliamente las posibilidades de ser usado en su totalidad, pues el profesional debe tener siempre en cuenta la posibilidad de pérdida parcial.

De acuerdo con lo convenido partimos en las primeras horas de la mañana del Martes Santos rumbo al Santuario del Abra. Seguimos el camino obligado hasta la Usina de Tilcara, para cruzar el casi seco lecho del Guasamayo y atacar la subida de las llamadas Las Siete Vuetas, hasta llegar al Calvario de la Peña, ubicado en un espacio abierto que domina el paisaje de y hacia la Quebrada de Humahuaca. El Calvario es, ni más ni menos, que un altar en forma de paralelepípedo, revocado en cemento y pintado de azul, con la superficie superior amarilla, con una Cruz blanca. En cada uno de sus vértices, ha sido clavada en el suelo una vara de madera, pintada en bandas espiraladas con los colores de la bandera papal. En la superficie del Calvario se veía un puñado de pequeñas piedras y algo de

tierra, prueba evidente de ofrendas a las viejas divinidades cónicas enmascaradas tras el ropaje católico. Mientras tomábamos aliento para proseguir pudimos observar el camino recorrido y una larga extensión del que nos faltaba recorrer. Así comprobamos que la corriente de peregrinos era constante, pero no demasiado numerosa, tanto la que nos precedía como la que venía detrás de nosotros. Reiniciada la marcha por el camino de herradura que faldea los cerros de la banda izquierda del Guasamayo y a medida que avanzábamos, comprobamos que su conservación era perfecta, como resultado de la acción de cuadrillas de Vialidad Nacional que lo hablan puesto en condiciones. Cosa que contrasta claramente con las condiciones del camino que recorrimos cuando fuimos desde Tumbaya hasta Punta Corral un par de días antes.

Al filo de las 13 hs cuando el sol comenzaba a hacerse sentir llegamos al Calvario de Chilcaguada, que está a poco más de la mitad del camino a recorrer. A esta altura, el río ha producido un gran recinto natural, al abrigo de los vientos fuertes y fríos que soplan diariamente, que ha sido aprovechado como una posta para los peregrinos. Allí se han instalado puestos de comida y bebida. Están contruidos con pirca seca y techados con ramas verdes. Se mueve ya a esas horas un verdadero hormiguero de gente que discurre entre los puestos. Los grupos de personas que descansan y otros que se ponen en marcha. En el centro de este canchón se levanta el Calvario de piedra y cemento, que tiene en relieve dos angelitos blancos toscamente estilados, enmarcados por un par de ramas ver-



Calvario con arco de flores.



Refugio para peregrinos.

des. En la cara anterior se ve un corazón gris que ocupa la parte central. Adosado al altar, se ha construido un pequeño reclinatorio. Una serie de pircas que sirven de asiento, enmarcan un espacio de unos seis metros cuadrados. Sobre el altar podía verse como en el caso anterior, la ofrenda de piedra y tierra que dejaron los peregrinos que por allí pasaron a buscar la Virgen. En sus vecindades descansamos un poco más de una hora, que aprovechamos para reponer energías y almorzar un frugal asado de cordero.

Cuando reiniciamos la marcha el camino se iba haciendo cada vez más empinado y difícil. Después de un largo trecho, fatigoso y pesado, a la vuelta de un pequeño faldeo apareció el nuevo Calvario, construido por la Banda de Sanidad, para hacer un descanso en este largo y difícil camino hacia el Abra. Otro paralelepípedo de piedra y cemento, adornado esta vez con un arco de flores de papel, protegidas por una envoltura de plástico transparente. Y otra vez, la ofrenda de piedra y tierra de los peregrinos aquí de mayor tamaño. A veces el viento frío que soplabá traía ecos de lejanas bandas de sikuris, que rodeaban de Quebrada a Quebrada, procedentes del Santuario ya no tan lejano. Tras un breve momento de descanso atacamos el tramo final de la larga subida. Subimos los últimos tramos por un atajo recientemente habilitado que sube en rápido zig-zag por la abrupta ladera y de repente nos encontramos al nivel de la Altipampa del Abra de Punta Corral, donde está el Santuario de la Virgen del Abra de Punta Corral.

De allí puede ver el viejo camino que recorriera varias veces años atrás, que me llevaba al Calvario de la Cruz, último descanso antes de llegar al viejo Santuario de la Virgen de Punta Corral.

El nombre proviene de una gran Cruz de madera que se levanta sobre una grande y antigua apacheta, que recibe todavía las ofrendas de peregrinos y viandantes. Un ejemplo más de la superposición de cultos y rito del reemplazo de uno por otro. Ambos canalizan la religiosidad natural de mis paisanos de la región.

El lugar que comparten el Santuario original de Punta Corral y el Calvario de la Cruz, es un viejo cauce de caminos prehispánicos, uno que corre de norte a sur y otro de oeste a este. Por él pueden verse todavía tropas de burros cargados con sal rumbo al Valle, como pasaban antes recuas de llamas que transportaban el mismo producto. Pero lo más interesante es que el terreno comprendido conserva en sus costados no transitados muestras evidentes de ocupación aborígen. Se trata de restos de talleres y alguno que otro artefacto que demuestran que allí vivieron los viejos cazadores del "corredor altoandino" como ha sido denominado. Se trata de un yacimiento acerámico, que por su situación, puede haber correspondido a un momento de ocupación equivalente a otros que conocemos en la zona. Tal vez, de un par de milenios antes de Cristo. Extraño prestigio el de este lugar especial en el mundo detrás de los cerros. Tanto que todavía cuando transcurría ya el tercer tramo del siglo XX ha acogido un nuevo Santuario para una nueva advocación de la Madre de Dios, motivo fundamental de mi presencia en este sitio. Y no pude menos que volver a vivir mis experiencias de mi estudio anterior que traté en la primera de las notas de esta serie.

## III EL ESCENARIO Y LAS VISPERAS

Ante mis ojos apareció con todo su frío esplendor el paisaje del Abra: una Altipampa recorrido constantemente por ráfagas de viento frío, que a veces silba por entre los manchones oscuros-verdosos de las matas de tola, único combustible natural para combatir, no siempre con éxito, las bajas temperaturas que reinan en el lugar. A corta distancia pude apreciar la nueva Capilla levantada con adobes y techo de chapa. Se yergue la construcción sobre uno de los lados que limitan un gran canchón

mirando hacia el Este. Esta suerte de "espacio sagrado", que he denominado canchón, está delimitado por una serie de construcciones también de adobes, no muy numerosas, destinadas a servir de albergue a los peregrinos, aunque la mayoría esta vez había sido ocupada por los integrantes de las bandas de sikuris. Pude observar, además, una serie de refugios transitorios contruidos con pirca seca, de no más de 50 ó 60 cm de alto, techados con ramas o con tejas plásticas, que aparecían diseminados en los alrededores y alguno dentro del canchón, en el que contrastaban las modernas carpas ocupadas por el personal policial encargado de la vigilancia y los "baños de hombres y mujeres" con entradas opuestas e independientes y sin techo.

Desde mi punto de observación pude compaginar una imagen totalizadora del "espacio sagrado", de la Capilla, de las construcciones citadas y hacia la derecha, como a unos 80 ó 100 m, el cuarto Calvario, construido éste con pirca seca, enmarcado por un arco de flores que empieza a deshacerse por el viento arrachado que sopla periódicamente. Veo gente que transita en ese sentido y otro como para sacarse el frío. El sol que camina hacia su ocaso, hace que a veces las sombras se adelanten al caminante y otras se alarguen a sus espaldas. En los momentos en los que las ráfagas amainan, se elevan verticalmente las columnas de humo de las fogatas que empiezan a encenderse para combatir el frío. Pude apreciar en conjunto la cantidad de gente que deambulaba por el canchón y sus vecindades: no mucha, en verdad, pero me impresionó como menor recordando la muchedumbre de peregrinos que había visto movilizarse en el Santuario de Punta Corral que había visitado tres días antes. Predominaban adolescentes y jóvenes o con mayor precisión chicos y grandes, tanto de la zona como procedente de la ciudad. Estos últimos, estudiantes en su mayoría, y grupos de jóvenes organizados que contribuyeron a ordenar y dirigir los servicios religiosos que se celebraron. Pude ver también la vigilancia estrecha y constante que estuvo a cargo de fuerzas de la Policía de la Provincia, que patrullaban a pie, en parejas, a lo largo y a lo ancho del recinto.

Después de recorrer varias veces, por distintos sectores, el canchón, fui acercándome lentamente hacia la Capilla. Con cierta sorpresa comprobé que había una "cola de promesas" que esperaba turno para ser "pisado" por la Virgen con el mismo ritual que viene repitiéndose en el Santuario de la Virgen de Copacabana de Punta Corral, que observé por primera vez allá por 1963. Solo no está presente el Esclavo, que hacía de oficiante según he consignado en aquel trabajo. Sentí, como dije cierta sorpresa no demasiada, aunque tenía presente mis informaciones respecto a la intervención de la autoridad eclesiás-

Calvario de la Peña.



tica y a resolución del obispo con relación a la primitiva imagen. Ingrese luego al interior del Santuario. Los fieles ya estaban casi apretujados porque estaban preparándose para pasar la noche bajo techo, descansando o durmiendo sobre el duro lecho de tierra, cuando no frío cemento, si el lugar disponible era en las cercanías del Altar.

La figura de Cristo Crucificado, en una Cruz hecha con madera de cardón, colgado en la pared. Un poco a la derecha del Altar mirando desde la entrada preside la celebración. Se trata del Cristo cuyo traslado y entronización describí en una nota anterior. Del lado del Evangelio y un poco más adelante que la cara anterior del Altar está la imagen de la Virgen del Abra de Punta Corral. Por delante de la imagen, un par de metros quizás, está el "velero" que resultó escaso para la cantidad de velas aportadas por los promesantes, de modo que los que siguieron llegando para "alumbrar a la Virgen" depositaron sus velas en el suelo. De ahí nació una marea de estearina, de cera y de sebo, que avanzó sobre la capa de polvo del piso de tierra. Una vez más pude ver que el ritual era el tradicional que se cumplía y se cumplió en el otro Santuario. Los peregrinos van llegando sin solución de continuidad. Buena parte de ellos una vez trascendido el umbral avanzan de rodillas hasta la imagen, se persignan y "toman gracia" —a veces besando la cinta— tocando inclusive las cuentas de los rosarios de gran tamaño que penden de la imagen y una vez cumplida esta parte del rito, encienden la vela para "alumbrar" y quedan frente a ella como abstraídos o desdoblados. Nada de esto ha variado con relación al centro tradicional de la otra imagen. Solo falta la voz y el gesto del Esclavo. Aquí hay ahora una especie de "bastonero" que con una caña en la mano conserva el orden de los que se acercan a venerar la imagen y evita aglomeraciones.

Un par de religiosas contribuían a mantener el orden de la gente que se movilizaba y organizaron las "colas" de promesantes que querían confesarse antes de la misa que iba a celebrarse alrededor de las 20 hs. A la derecha del Altar, en un hueco entre columnas se había improvisado un confesionario en el cual oía las confesiones del sacerdote a cargo. Importa destacar que en cierto

momento el sacerdote abandonó su puesto y habló con las mujeres, que eran mayoría entre los aspirantes a confesar, para insistir en cuál es el sentido de la confesión, que se refiere a los pecados propios y no para contar vicios y mal comportamiento de sus maridos. Las religiosas, entre tanto, convocan a la próxima misa por los parlantes y comunican que recibirán a partir de ese momento, intenciones para el servicio pronto a celebrarse. Otra observación que merece ser destacada es que las paredes de la Capilla están completamente desnudas, salvo el Cristo mencionado. No se ven ninguna otra imagen expresamente colocada. Sobre el ángulo derecho, al pie del Cristo, hay amontonado un abigarrado conjunto de trastos, entre los cuales podía verse una imagen de bulto de San Miguel Arcángel, pero no expuesta a la veneración sino formando parte del montón.

Terminadas las confesiones se celebra la misa. El número de personas en el interior de la Capilla iba en aumento, no sólo por la celebración del oficio religioso sino porque la temperatura había disminuido notablemente una vez que se puso el sol. Los distintos momentos de la misa fueron transcurriendo en medio de un silencio que casi podía oírse, alternado únicamente por la voz de una de las religiosas que a través de un megáfono a pilas dirigía a los participantes. Visto desde afuera, que era nuestro caso, todo parecía indicar que los asistentes participaban activamente en la celebración pero no fue así. Todos y cada uno estaban allí y oían las indicaciones como oían al celebrante y como oyeron a los jóvenes que cantaron en su momento acompañados por una guitarra con gran atención y prácticamente inmóviles, como quien asiste a un espectáculo pautado, cuyos distintos momentos conocen y saben que van a ocurrir, pero no intervinieron en nada. Asistieron y oyeron pero no participaron. Esta observación pude comprobarla en el momento de la comunión: contadas personas comulgaron a no ser los jóvenes catequistas, las religiosas y un reducido número de los asistentes, entre los que predominaron algunos turistas y chicos de colegios secundarios procedentes de Jujuy y algunos de Tilcara y Maimará. El grueso del gran número de personas que asistieron a la

misa no comulgó.

Terminada la misa buen número de los peregrinos no abandonaron el Santuario y se prepararon para pasar la noche a cubierto tirados sobre el piso. Nosotros, mis colaboradores y yo, hicimos lo mismo y nos acomodamos a la izquierda del Altar frente a la puerta de una habitación adyacente en la que pasaron la noche las religiosas y un grupo de jóvenes catequistas de ambos sexos. La observación atenta de los peregrinos, sus vestimentas y su lenguaje nos permitieron comprobar el origen boliviano de muchos de ellos. La llegada continua de peregrinos que entraban y salían luego de tomar gracia y "alumbrar" a la Virgen no se interrumpió en ningún momento. Una vez afuera, la gran mayoría no se queda a pasar la noche. La gente, una vez que cumple con su promesa, parece apurada por regresar. Parecería que se evita la concentración de demasiada gente y la que permanece está sometida a constante vigilancia "para evitar excesos". Además los pocos albergues disponibles están ocupados por las bandas de sikuris. La única alternativa es el duro suelo de la Capilla que estaba totalmente saturado de gente.

Transcurrida poco más de una hora después de celebrada la misa, mientras la cesante corriente de peregrinos se acercaba a la imagen y al velero, pude ver como otra fila de promesantes pugnaba por acercarse, un poco en desorden, a esa suerte de "bastonero" que mencioné párrafos atrás, que ubicado entre el Altar y la Urna que contenía a la Virgen, distribuía una serie de "sobrecitos" de papel que contenían la

"tierrita" y recibía en respuesta una limosna que era emboisada por él, que se convirtió así en una especie de funcionario oficial del nuevo rito. Los promesantes piden la tierrita cuya potencia conocen del viejo rito y aquí se les proporciona, pero sin mencionar para nada ni cumplir con la vieja práctica y sin la presencia de un oficiante como lo era el Esclavo en los primeros tiempos, según describí en la primera de estas notas. Poco después de las 20 hs en la oscuridad de la noche bajo el cielo tachonado de estrellas y con intenso frío, las bandas de sikuris se fueron alternando frente al Santuario y tocaron al unisono produciendo un ruido ensordecedor tratando cada una de sobrepasar frente a las otras, dando cauce así a la sempiterna rivalidad que subyace frente a la aparente unidad de servicio ante la Virgen. En uno de los momentos de tremendo ruido, caían las bandas y todo el mundo parece prepararse para pasar la noche lo mejor posible. Incluidos nosotros, que pasamos hora tras hora en atenta vigilia, que alternamos con uno que otro cabeceo adormilado.

Alrededor de las cinco de la mañana del día siguiente se levantaron las religiosas y empezaron los preparativos para la misa que se celebraría antes de la partida hacia Tilcara. La primera medida es lograr que se incorporen los peregrinos que pasaron allí la noche y dejen lugar para los que se confesarán y para los que se arriaman para solicitar sus "intenciones" y depositar sus limosnas y ex-votos. Las bandas de sikuris vuelven a tocar como convocando a los fieles. En esa oportunidad fuimos autorizados para fotografiar y grabar abundante documentación, parte de la cual corrió la misma suerte que la que obtuvimos en la partida de las bandas desde Tilcara, pérdida que no afecta para nada nuestra observación, pero que testimonia la crisis de honradez y vocación de participante debutante.

Finalizada la misa se van organizando las colas de los que aspiran a cargar la imagen sobre sus hombros, en tanto que las 18 bandas que intervinieron se colocan en orden de marcha, precediendo al sacerdote y a las religiosas que encabezan la procesión. Las bandas tocan el riguroso turno, iniciando la que está más cerca de la imagen y así sucesiva-

mente. La que encabeza la marcha, cuando le corresponde ejecutar, se abre en dos columnas y queda hasta que llega su lugar, momento en el que ocupa su puesto y comienza a tocar. No bien habíamos avanzado unos kilómetros decidí que nos adelantáramos hacia Chilcaguada para poder observar y documentar en detalle los acontecimientos y actitudes en ese largo descanso de mitad de camino.

## IV EL REGRESO A TILCARA

El aspecto de Chilcaguada ha cambiado totalmente. Hay un intenso movimiento de gente que trajina de un lado a otro, entre los que pueden identificarse vecinos de Tilcara y algunos turistas que se han animado a trepar hasta ese lugar. Las carpas y puestos se han multiplicado. Numerosas columnas de humo que ascienden en el aire frío de la media mañana delatan los fogones en los que se frien las empanadas y se preparan los cocidos que consumirán los peregrinos a su llegada, que está calculada para el medio día. Contemporáneamente un grupo de promesantes, hombres y mujeres se ocupan de armar el arco de flores, compuesto de algo más que de flores, ya que también sobre las ramas curvadas, además de flores de vivo color amarillo y anaranjado, colocan frutos de la región, ecos lejanos del carácter agrario de las celebraciones antiguas que se incorporan al ritual cristiano.

Casi al filo del mediodía empezaron a oírse los ecos de las bombas de estruendo, repetidos de Quebrada en Quebrada, que alertaron a quienes esperábamos en Chilcaguada, anunciándonos que la procesión ya estaba cerca. Poco tiempo después se oía de a ratos, en alas del viento, la música de las bandas y de repente, en la lejanía, vimos aparecer la cabeza de la procesión y luego el reflejo blanco del paño que resguardaba la Urna de la Virgen traída a hombros por los promesantes, que seguían inmediatamente en calidad de relevos para quienes los transportaban. A

medida que descendía la procesión por la ladera buscando el nivel de Chilcaguada la gente se arremolineaba y se agrupaba en las vecindades del Calvario, en el que descansaría.

Llegaron primero las bandas de sikuris que se distribuyeron según un dispositivo especial que dejó un espacio libre, por el cual avanzaron entre la multitud los portadores de la imagen y la depositaron en el Calvario entre el sonido de las bandas, los vitores y aplausos de los presentes y miles de pañuelos blancos que la saludaban. El sacerdote, por medio de megáfono a pilas, estimulaba y alentaba el entusiasmo de la multitud.

Una vez depositada la Virgen sobre el Calvario las bandas, que se dispusieron en semicírculo, volvieron a tocar antes de que se iniciaran los rezos. El sacerdote improvisó una suerte de homilía, en la que mezcló a la Virgen de Copacabana, a la Madre de Dios y a su hijo Jesucristo, con la Pachamama de un modo nada claro, al contrario, proclive a la confusión. Esta mención no dejó de llamarme la atención porque se produjo justamente en la celebración oficial de la Virgen del Abra de Punta Corral y no en la anterior, que según la disposición de la jerarquía eclesial, era una imagen "privada" y no oficial, en la que podía sospecharse alguna heterodoxia respecto de la veneración, vinculada, directa o indirectamente, con la vieja divinidad ctónica. Más adelante volveré sobre este asunto. Recuerda, entre tanto, amigo lector, mis reflexiones acerca del significado de "la piedrita" como manifestación de la Pacha, sobre la que me extendí cuando me ocupé de la pequeña comunidad de Punta Corral.

A esta altura de los acontecimientos el sol caía a plomo sobre la multitud, que aprovechó de esta parada para descansar, reparar energías y comer, aunque fuera frugalmente. Sin embargo, muchos continuaron la marcha adelantándose a la llegada a la villa de Tilcara.